

TRANS-PARENTE

Dieciocho años y no sabía nada.

Bueno, sí. Estaba en la universidad. Sabía de biología molecular, de ingeniería genética. Tenía conocimientos de virología y comenzaba las clases de inmunología y terapia génica. Lo típico de cualquier estudiante de primero de carrera, y aún así el conocimiento seguía siendo nulo.

Se miraba frente al espejo. A veces lloraba, y otras, en menor medida, posaba como una modelo. Giraba su cuerpo para observar orgullosa las curvas que empezaban a destacar. Tenía dieciocho años y un cuerpo casi por estrenar.

Le implantaron los pechos hacía ya unas semanas. Habían quedado preciosos.

Gozaba de ellos, y se veía hermosa, radiante. Era todo lo que había querido ser y por fin lo aunaba todo en una palabra. En diez letras: empoderada.

Salía de la universidad ondeando la melena que le llegaba ya por la altura de los hombros. Ese pelo cargado de brillo, de luz. Parecía mentira que fuera el pelo de la misma persona que, a veces, se refugiaba en su habitación, donde todo era gris, y apagado a causa de la disforia de género ocasional. Los ataques de ira fortuitos, los períodos de depresión que se alternaban con ataques de ansiedad. Había sufrido la piel, y había sufrido el alma, y justo en el medio quedaba el corazón. Un corazón dañado por agresiones en el colegio. Por insultos incompresibles de quienes no se molestan en comprender. Había sufrido la piel, y las millonésimas capas de tejido que había por debajo, una tras otra, golpe tras golpe, hasta la raíz de la dermis.

Sufrimiento por ser mujer: por ser una de esas mujeres incomprensidas, como muchas otras, como miles de nombres que podría molestarme en contarte, pero no hay más que buscar en el móvil que posiblemente ahora lleves en tu bolsillo para darte cuenta de que a milímetros de tí está ocurriendo. Ahora. Ya mismo.

Salía de la universidad radiante. Con los rayos de sol paseando por las cuencas brillantes de sus rizos, que reflejaban la propia luz, como los prismas, que la transforman.

Era jueves, de adolescentes. De tarde de cervezas y noche de fiesta en discotecas y pubs privados, con posible acampada en el piso de alguien del grupo de amigos de cara al viernes, sin clases. Día de disfrute universitario juvenil.

La gente salía, se aglomeraban multitudes en un mismo barrio de la ciudad, como las abejas, que se agrupan en la misma colmena y el mismo árbol, porque abunda el néctar.

Y llegó al bus. Y del bus a casa. Parada para cenar con amigas, sesión de maquillaje y peluquería y, tras ello, bus de nuevo hacia el barrio de las luces nocturnas.

DESPERTAR

Despertó al alba con las primeras luces del día, como llevaba haciendo prácticamente toda su vida. Inconscientemente y casi como un acto reflejo, su mano se deslizó bajo las sábanas, hasta el hueco frío y vacío, que días atrás ocupaba su pareja en el lado izquierdo de esa cama que en aquel instante parecía inmensa y llena de ausencia.

Suspiró profundamente, a la vez que se incorporaba, con alguna dificultad.

Abrió la ventana de madera, que cedió con un crujido y observó las tierras de labranza. Sus tierras de labranza, las mismas por las que se acostumbró a madrugar y despertar con una dulce caricia a su compañero de vida y trabajo duro.

Cerró sus ojos desbordados por un torrente de lágrimas, encauzadas en las profundas arrugas marcadas de su rostro, esas que cincelaron el aire y el sol día tras día de trabajo duro, arando junto a Simón sus campos.

Escuchó el silencio de su vieja casa, que nunca fue pleno, siempre les acompañó el golpeteo rítmico de la contraventana de madera, de la que tiempo atrás fue la habitación de sus tres hijos y que siempre tuvo holgura en la bisagra de arriba.

Abrió de nuevo sus ojos cansados y volvió a fijar su mirada en la tierra baldía.

Entrelazó sus manos temblorosas y en un intento infructuoso de recuperar el gesto que repetían al comenzar su jornada laboral. Sus labios dibujaron lo que pretendía ser una sonrisa al recordar, que siempre salieron de la mano de su hogar, hacia lo que les deparase el día. Su promesa mutua así lo exigía:

“aunque nos acostemos enfadados debemos hacer las paces antes del alba.”

Arrimó la silla de madera a la coqueta, cogió un cepillo y comenzó a peinar su larga melena plateada, alzó sus ojos hasta encontrarse con su reflejo en el espejo. Trenzó su cabello y al hacerlo se sorprendió al ver sucio el marco barroco. Siempre había tenido la casa muy limpia, nadie se lo exigía precisamente, esa era una de las discusiones recurrentes que mantuvo en más de una ocasión con Simón.

Ella llegaba a casa y lo primero que hacía era limpiar y preparar la comida para el día siguiente.

Él la insistía en que lo dejase y descansara a su lado en el sillón, pero también es cierto que salvo cuidar de los niños, apenas hacía labores del hogar.

Ambos lucían en sus manos las cicatrices de la acilla, el arado y el azadón, allí ambos eran compañeros de trabajo, sin apenas diferencias. Pero de la casa siempre se ocupó Carmen. Jamás pidió ayuda, asumió que era su labor, echándose encima de sus músculos cansados mientras, él dormitaba en el salón.

Limpió la pequeña mancha, sustituyó su camión por una falda y camisa negras. Hizo la cama acariciando lentamente el vacío, suspiró profundamente de nuevo y salió para el entierro de su compañero de vida.

Un par de comentarios de camino, chivatazos anónimos de gente sin escrúpulos que considera cumplido presumir de una falda «demasiado» corta, o unas medias «provocativas» aún cuando ellos visten de vaqueros.

Después de media hora bailando a un lado de la pista, se acerca a la barra para pedir la primera bebida de la noche. Dos hombres, el primero corpulento, alto, rubio y con aires de superioridad, y el segundo una versión pequeña, casi idéntica al otro, se acercan por detrás. Les veo intimar, hasta que pasa la mano derecha por debajo de su falda y algo hace que utilice la izquierda para propinarle una bofetada. Cae al suelo, y se golpea, quedando inconsciente. —Maricón. —Grita. Pero nadie lo escucha, porque la música está muy alta, y cada persona a lo suyo. —Mírate. —Pero nadie la mira, porque las luces están medio apagadas, únicamente las de los focos, que giran proyectando sombras que la gente evita ver.

Aquella noche me quedó muy claro que no sabía nada. Al menos no sabía lo que creía saber. No ella, sino yo. Aquella noche me di cuenta de la verdadera violencia de género. Esa que ocultan los medios y disfrazan con golpes y amenazas. Los ojos furiosos y llenos de rencor de aquel hombre me hicieron ver la luz, y contemplar el odio que es capaz de lograr algo así. Un odio irracional, que parte de la nada, y culmina con el todo. Un todo que se desvanece como la sangre que escapa de la cabeza de la joven, que abandonaba por momentos ese cuerpo nuevo, que apenas estrenaba. Sus ojos transparentes me hicieron ver el dolor, el dolor de una niña. El dolor posterior de su familia. El de un futuro que ya no sería futuro, sino condicional imposible. Aquel que el tiempo no permite volver atrás a las agujas de su reloj; que no se perdona, y se paga con la vida.

Y duele más porque no me impliqué. Porque no sabía qué hacer. Porque el miedo me recorrió el cuerpo al punto de encadenarlo consigo. ¿Qué haces cuando ves una manada de leones abalanzarse sobre una presa? Exactamente lo mismo. Nos falta seguridad, nos falta deseo de paz. Y esto es lo mínimo que puedo hacer, Marina, contar tu historia. Y lo cuento yo, porque ella, porque tantas como ella, no pudieron.

Pseudónimo: Transición

LA MANADA

Mojaba sus canas en el café mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. ¿En qué momento dejó de ser ella misma para convertirse en un pelele, en una muñeca de trapo maltratada y buena para nada?

El café se aguó con la salinidad de su tristeza, el reloj de la cocina incesante en su tic-tac le recordó que debía ir a trabajar. No podría ponerse la camisa reglamentaria, esta vez se le había ido la mano y un moratón asomaba a la altura del codo.

Se metió en la ducha, el agua caliente reconfortó su cuerpo malherido, pero el contacto de la esponja la hizo estremecerse de dolor. Le dolía, sí, pero en su interior se iba alimentando un dolor más fuerte, un dolor desgarrador que arañaba su alma: el dolor que provoca la vergüenza de sentirse una inútil, un despojo.

Cerró los ojos para amortiguar el grito que quemaba sus entrañas, el agua se tiñó de rojo, y sintió como sus piernas cedían, se dejó caer hacia la negrura, hacia la nada.

Así la encontró Carla, su mejor amiga, en cuclillas en la ducha, helada, con la nada fijada en su mirada. La recogió en sus brazos, aterida, e intentó que su abrazo le transmitiera un “ya estoy aquí, amiga, hermana. Todo irá bien, no estás sola”.

Carla era una mujer resolutiva, estaba acostumbrada a la acción. Por eso, actuó con determinación: primero, una llamada al teléfono que a ella le salvó la vida una vez, hace tanto tiempo ... (no, no era el momento de pensar en eso ahora) Una voz amable le confirmó lo que ella ya sabía que iba a ocurrir: policía, médico forense, preguntas... Después, una maleta donde depositó lo más urgente y necesario.

Esa maldita espera le brindó la oportunidad de abrazar a Estefanía, de recoger sus pedazos, sus lágrimas, sus silencios. Ese silencio que estaba repleto de gritos, insultos, vejaciones, golpes... Ese silencio que recogía tanto sufrimiento. Ese silencio....

Dos mujeres abrazadas, unidas en infinita sororidad, dos mujeres que sostenían sobre sus hombros el peso del maltrato, del desprecio; pero que se erguían como faro para la esperanza de volver a ser. Dos mujeres que no estaban solas, aun cuando así se creyera al contemplar su imagen. Junto a ellas, una manada de mujeres que se había hecho fuerte y acudía rauda a levantar a la que caía. Una manada que durante mucho tiempo estuvo sometida y silenciada y ahora rugía furiosa al sentirse atacada.

El timbre de la puerta rompió, por un instante, esa unión. Carla se echó a un lado sin soltar la mano de Estefanía y esta se dejó hacer. Se sentía despojada de su dignidad y de su orgullo, era como si con cada golpe él hubiera lacerado su ánimo y su autoestima, dejando a su paso un alma vacía de sentimientos, inerte.

El informe de la forense fue contundente: aborto provocado por lesiones graves en el ámbito familiar.

No fue menos contundente el grito amenazador desde la puerta: “Hija de puta, te mataré”. Aún más rotundo fue el rugido de Carla, de Estefanía, de toda una manada de mujeres: “Si nos tocan a una, nos tocan a todas”.